

# Un instante en la vida de un compositor

Eusebio Ruvalcaba

Nikolai Rimsky-Korsakov destapó la botella. Aún quedaba un poco de vodka. Tuvo el impulso de llevársela a la boca y beber directamente de la botella, como acostumbraba hacer Mussorgsky. Pero cambió de opinión. Se puso de pie, fue a la vitrina y sacó un vaso. Vertió lo que consideró un par de tragos. Se volvió a mirar el piano, y brindó a la salud de su amigo. A sus oídos vinieron las extrañas y sublimes armonías de la música de aquel compositor. Y también vinieron sus arengas, como si estuviera ahí. Siete meses había vivido en aquella casa y cada día reclamaba lo mismo. Apenas la víspera había empacado sus cosas y se había marchado. En unos cuantos días, Nikolai contraería matrimonio y su novia Nadieshda pasaría a ser la dueña de la casa. Por supuesto que Mussorgsky tomó a mal la nueva. No por él, finalmente podría acomodarse en cualquier parte. Sino por Rimsky-Korsakov: “¿Y qué va a ser de tu vida musical, Kolia? —le había inquirido—. Con una mujer a tu lado vas a bajar la guardia y tu música se va a pudrir. Vas a componer como un burgués. Como lo que eres: un maestro insignificante de música en un conservatorio donde se envenena el talento de los alumnos”.

Nikolai Rimsky-Korsakov se había acostumbrado a aquellos juicios. Se esforzaba por ser tolerante. No tiene ninguna importancia, se decía, amo el corazón y la genialidad de este hombre, no sus peroratas. Escuchaba a Mussorgsky tocar el piano y al instante una fuerza le imbuía el alma.

Sintió el vodka deslizarse por su garganta. Le costó un enorme esfuerzo tragarlo. ¿Cómo era posible que Mussorgsky bebiera un litro diario, todos los días, cada día de la semana? ¿Un litro? Eso jamás podría entenderlo.



Nikolai Rimsky-Korsakov

La convivencia había sido extremadamente difícil. Porque Mussorgsky se la pasaba sentado al piano, y no necesariamente porque estuviera componiendo. Ponía las manos al teclado y las notas fluían en un lenguaje nuevo e inusitado. Rimsky-Korsakov se angustiaba de ver que aquella sonoridad se pulverizaba en el aire. De que Mussorgsky se dejaba llevar de la inspiración y no fijara aquellas melodías en el pentagrama. ¿Quieres que apunte, Modinka? No, si quisiera escribir lo que compongo yo mismo lo haría, ¿crees que soy idiota? Entonces salía de la casa y se iba al conservatorio. Tenía todo ahí: intimidad, un estudio con piano, papel pautado, pluma y tinta. Ahí escribía una obra tras otra. Prefería hacer eso ahí, en el conservatorio, en su centro de trabajo, que hacerlo delante de su amigo. Porque enseguida lo criticaría. ¿No te das cuenta de que estás siguiendo preceptos que no son tuyos?, ¿que estás sometiendo tu creatividad a los principios académicos de ese cementerio llamado conservatorio? El arte de la música debe brillar con luz propia. Hacer añicos los convencionalismos academicistas. Destruir las estructuras aparentemente indestructibles. O se compone así o no se compone. Qué chiste tiene repetir las fugas de Bach, los scherzos de Beethoven,

las bromas de Mozart. Si no aprovechas tu talento para componer entonces estás perdido. Lo que escribas es basura. Como todo lo que escriben en el conservatorio. Maestros y alumnos. De ahí no se saca más que verdura tumefacta.

Rimsky-Korsakov se quedó mirando atentamente el vaso. La música de Mussorgsky era rechazada por los seleccionadores de los programas de la música en San Petersburgo. Lo obligaban a rehacer determinados pasajes, que a sus oídos de censores sonaban a prohibidos. Cuando su amigo Modinka admitía por lo menos revisar la obra, y en su caso editarla, se tornaba insostenible. Regresaba a casa con el legajo de música, lo colocaba encima del piano, y mascullaba maldiciones al tiempo que abría una botella de vodka y sorbía la mitad de un trago sin molestarse en respirar. Entonces tomaba aquella música y la arrojaba a la chimenea. Jamás les daré gusto a esos imbéciles, gritaba. No saben lo que es la música. Crean que me van a someter. Prefiero que las llamas devoren a mi música, a que la oiga esa caterva de imbéciles.

Rimsky-Korsakov se sentó al piano y tocó uno de sus preludios favoritos. Sabía que en la música de Bach encontraría la quietud anhelada. Siempre le pasaba igual. Cualquier problema, no importa de la naturaleza que fuera, se esfumaba como por arte de magia cuando interpretaba a Bach. Algo tenía la música de ese hombre, se dijo. Enseguida, comenzó a jugar con el teclado. Llevaba sus manos de un extremo a otro. En algún punto una nueva melodía vendría en su auxilio. Era una suerte que Modest Mussorgsky, Modinka, no estuviera presente. Como un tornado, había desaparecido. **U**